

Autobiografía Literaria

Victoria Rigioli

soldado

En los quince sagrados días de vacaciones de mi viejo, yo era la encargada, la designada como acompañante permanente del trabajador veraneante. Mi mamá se quedaba en casa con alguna excusa doméstica y mis tres hermanos, adolescentes ya, con la entrada a la secundaria y el acné habían ganado cierta autonomía. Yo no. Yo tenía que despertarme todos los días a las siete y media de la mañana para estar a las ocho en punto en la playa con mi señor padre. Algo del obrero gesto de marcar tarjeta quedaba en esa puntualidad obligada que no reconocía climas ni más ni menos benévolo: había que ir aun para tiritar de frío, incluso para volver a los quince minutos, corridos por una tormenta.

Había que ir. Llegábamos a las ocho exactas, yo, arrastrando el viejo bolso marinero que, la mitología familiar rezaba, había usado mi abuelo la vez que intentó fugarse de mi abuela, mi papá, con la sombrilla a la que nos obligaba este papel blanco que tengo por piel. A esa hora ridícula, en la playa, éramos él, yo y nadie más, claro, porque a la soledad habitual de ese rincón la costa bonaerense en diciembre hay que agregarle que nadie en kilómetros a la redonda tenía la conducta obsesivamente metódica y de soldado prusiano que tenía (tiene) mi papá.

La playa vacía y una nena dormida a la que no le da el espíritu ni siquiera para zambullirse en el agua helada.

Entonces leía el diario que Prusia compraba maquinalmente -siempre al mismo canillita. Leíamos el diario entero, como los viejos, intercambiando secciones casi sin que mediara palabra y con un orden que no aceptó alteraciones con los años. Hablábamos poco, y más que nada para que el ingeniero teorizara sobre la mejor manera de doblar el

diario para minimizar la acción del viento y evitar el revuelo y eventual fuga de las hojas que había que correr hasta el muelle—o resignarse a perder, directamente. Se hablaba de eso y de algunas preguntas que yo tenía, que quién es este, que qué significa esto. Todo giraba alrededor del diario, por entonces. Y, como nunca, en esos diciembres se me hizo carne el poder de los medios.

Recuerdo muy especialmente el verano de la Guerra del Golfo. Yo tenía poco más de una década. Seguía las noticias como si fueran un melodrama por entregas, emocionada por esa, mi primera guerra. Claro está que no entendía mucho, pero —ya secreta amante de la anarquía— me fascinaban esas historias de hombres con turbantes y túnicas a los que imaginaba poseídos por la fiebre de Alá, revoleando metralletas y granadas.

En esas mañanas calurosas o heladas de diciembre, ahí sí, yo no entendía y preguntaba. Insistiendo como no había insistido nunca, como no había necesitado insistir. Entonces, a regañadientes, mi papá trataba de explicarme que el petróleo, que la religión, que el petróleo.

Un buen día se ve que pregunté de más o dije algo intolerable y mi papá me miró con bronca, me miró con algo que era mucho más que fastidio. Me miró entrecerrando los ojos y de un tirón me arrancó el cuerpo principal del diario. Desposeída como estaba, casi ultrajada, alcancé a escuchar bien claramente lo que me dijo con su seguridad marcial:

-Ninguna guerra, oíme bien, ninguna, es interesante. Son solamente unos hijos de puta haciendo que se pelean y matando gente para hacerse ricos. Ninguna guerra vale la pena.

Yo, que entendí poco después de “hijos de puta” (mi papá nunca pero nunca puteaba) recordé de golpe que esa no era mi primera guerra (que no era “mi” y que apenas resultó

“guerra”), que a esta puteada primeriza podía relacionarla muy bien con otra primera vez, una que vivía en las fauces de esa bestia que llamamos memoria:

Mi papá lloraba (primera vez que veía algo así), el estoico prusiano lloraba frente a la televisión en blanco y negro del living de mi primera casa y mi mamá, respondiendo a mi miedo y a mi puchero, me decía:

-Es por Malvinas. Es por Malvinas.

Esa misma mañana, un poco más tarde, en la playa todavía desierta, un avión pasó increíblemente bajo, planeando sobre el océano.

Tuve miedo. Y por primera vez en mi vida, -quizás la última, con esa intensidad-, pensé en un soldado.

atizador

A veces pienso que la vida es lo que me pasa en los breves intervalos que me deja la lectura. A veces pienso que mi vida es mi lectura y el resto, sólo un compás de espera, el tamborilear de los dedos sobre la mesa mientras espero el libro nuevo, viejo, el mejor libro de todos: el próximo.

No sé cómo suele el resto dividir el tiempo cuando ordena su biografía. Hablo de la división que cuenta, de la importante, no la de horas, días y meses; hablo de la división interna. Hay gente que ordena los sucesos por domicilio, por ejemplo: “me acuerdo, eso fue antes de mudarme al departamento de la calle Pacheco, todavía vivía en Lugones”.

Otra gente lo organiza por compañía: “Cuando pasó eso yo estaba saliendo con Gonzalo, me acuerdo”. Hay gente, también, que lo mide por trabajos: “Fue antes de que entre a trabajar a la empresa, todavía laburaba con mi viejo”. Todos medimos el tiempo de una forma personal, usamos una unidad íntima y de acuerdo a ella ordenamos nuestra historia para hacerla (fin último de toda historia y, me temo, de todo en este mundo) algo narrable.

Mi vida se cuenta en libros.

Sé cuándo decidí dejar la carrera de historia porque estaba leyendo *El innombrable* de Beckett. Sé cuándo decidí irme a vivir sola porque estaba leyendo *La música del azar*, de Auster. Sé cuándo quise escribir una novela porque estaba leyendo *El llano en llamas*, de Rulfo (creo, de hecho, poder marcar la página).

Mi vida se cuenta en libros y a veces no sé si, en realidad, no estaré forzando el verdadero significado de las palabras cuando escribo “vida” y “libros” así, separadamente. Pero bajo todo ese ropaje digno y menos vergonzante, sé muy bien –y nunca olvido– que la literatura no sería nada para mí sin el hondo cimiento que le dieron (le dan) el resentimiento y la mentira.

Más adelante, quizás, encuentre explicación este verano de 1990 que traigo a colación, con la casa de veraneo demasiado chica para la familia numerosa. La vacación que pasé leyendo mi primer libro de Agatha Christie (uno cuyo título no diré por razones obvias), y peleándome con mis hermanos por todo lo imaginable. La vacación que recuerdo por la lenta y esforzada lectura que le demandaba el libro a mis diez años que se empantanaban fácil, todavía, con todo aquello que no tuviera dibujos acompañando. La vacación que culmina, en mi memoria, en una pelea con mi hermana Cecilia por algún estúpido motivo que no sería, seguramente, más que un disfraz del hacinamiento. Una pelea que mi hermana decidió terminar con una frase que hasta el día de hoy me duele: señalando con el dedo índice el libro, esas doscientas páginas leídas hasta el momento que se habían llevado mi sangre, mi sudor y mis lágrimas, me dijo, a manera de venganza:

“Fue Jane. Lo mató con el atizador de la chimenea”.

Poco importó que yo no supiera qué es un atizador, y que la Yein que ella pronunciaba no fuese para mí identificable con la Jane, literal, de la que yo ya venía sospechando. Se me desmoronó la lectura y, en la versión narrable de mi historia que caprichosamente elijo, se terminaron con ese gesto mis vacaciones del año 1990.

copista

Hay algo narcótico en la actividad de tomar sol, es una de las pocas situaciones en las que el capitalismo bendice el gesto de tirarse a hacer nada, de sentarse a no producir dinero en pos de que los blancos (y sólo ellos) accedan a ese auténtico bien suntuario que es un buen bronceado, un bronceado de esos que gritan que el sujeto que está debajo tiene dinero suficiente como para poder perderlo.

Ni mi clase social ni mi realidad dermatológica (vaya complot) han querido que yo sea de esas personas que pueden darse a menudo a esa forma del ocio. Por eso es raro e infrecuente que el feboasoma pueda mirarme a los ojos y contemplar mi contemplación. Bastante raro. Por eso me detuve un largo rato a pensar en esto ayer, cuando el fin de semana largo me permitió llegar a mi playa de siempre. No tengo por costumbre la relajación, vivo eléctricamente mi realidad urbana, y me cuesta muchísimo llegar a un estado en el que pensar sea algo al menos un poco más agradable que la larga lista de cosas que empiezan con la expresión “tengo que” o, potencial aun más molesto, “tendría que”.

En estas cosas estaba pensando ayer, con la mente que empezaba a embotarse, a sentirse entre pesados algodones, húmedos y calientes, inflamados por una transpiración de esas que, seguro, ya empiezan a caer hacia adentro del cuerpo, también. Los ruidos me llegaban lejanos, como desde el otro extremo de un largo pasillo y los párpados cerrados comenzaban a poblar la oscuridad de unas pequeñas naves flotantes que viajaban, ahora hacia acá, ahora hacia allá. Porque todo rebotaba contra este calor que sólo podría amainar una incursión en el agua helada. Tendría que meterme al agua, pensé, previsiblemente.

Ahora voy.

Ahora voy, me contesté, como me contesto siempre.

Una idea volvía una y otra vez al centro de la escena. Y yo agitaba mi mano para espantarla, primero con pudor o delicadeza, más tarde con espanto. Pero no había caso. No podía olvidar el mensaje que había recibido el día anterior, el mensaje que me informaba que Teresa estaba muerta. No tenía idea de su enfermedad. No tenía idea de nada y ahora, mientras el sol se colaba por entre mis pestañas, trataba de contar tocando el pulgar con el resto de los dedos de la mano los meses que pasaron desde la última vez que la vi.

No nos resultó sencillo, llevó años pero finalmente habíamos logrado construir algo así como una relación. Y Teresa ahora estaba muerta.

Conocí a Teresa hace casi una década, fue mi profesora de Literatura Española II. Por aquel entonces yo trabajaba en una farmacia y cursaba a la noche, el cansancio teñía a mi mundo con la pátina gris de la amargura, y una cierta pedantería que ahora me abochorna hacía el resto. Quiero decir con esto que fui una alumna insoportable, lo reconozco. Discutidora, contestataria, mi rol, evidentemente, fue el del impugnador que nunca falta, un papel insufrible que me gustaría decir que fue la única que vez que interpreté. Teresa, por aquel entonces, toleró mal mis embates, lo que me acicateaba todavía más y me llevaba por el camino de la burla.

La cosa caminó siempre los límites de lo aceptable hasta el último día de clases. Ella tenía que devolver las monografías y el hecho de que la mía fuese la última no me anunció nada. Cuando finalmente me la entregó, tampoco el gesto displicente de su mano con la carpeta logró arruinar la sorpresa genuina que sentí cuando leí al final, escrita en lápiz la única anotación: No se puede evaluar. Después de que todos se fueron, cuando me acerqué por fin a develar el misterio de esa nota, ella me dijo lo imposible: no podía evaluar mi monografía porque estaba segura de que estaba copiada.

No pude articular respuesta y ella, intuyo, vio en mi silencio cómo se volvía más nítida la sombra de su sospecha. Sí, no estaba aún en condiciones de decir de dónde me había copiado, porque todavía no lo había encontrado, pero estaba segura de que, si seguía buscando, lo encontraría. Segura, dijo. Segura.

Mi estupor se había convertido en un síntoma físico para cuando salí del aula, y el colectivo de vuelta me llevó temblando, con la certeza de que alguien, por fin, me había pateado justo en el talón de Aquiles.

Por supuesto que el tema legal no demoró mucho en resolverse, intervinieron el centro de estudiantes y un par de autoridades menores más y Teresa tuvo que ponerme un aprobado de mala gana que me arruinó el promedio.

A mí, sin embargo, me costó bastante más superar el episodio, a los temblores del colectivo siguieron unas fiebres poderosas y la angina más aguerida y purulenta de la que tenga recuerdo. Estuve casi un mes tratando de reponerme. Cuando finalmente lo logré, cuando pude volver a hablar y a tragar sin sentir que comía alfileres, corrí un fin de semana, largo como este, a la playa, a ver si el mar se llevaba lo que el antibiótico hubiera dejado.

Ahí me di cuenta. Recién ahí entendí lo que había pasado.

Algunos años después, volví a tratar con Teresa, por cuestiones laborales. Como corresponde en estos casos, ambas fingimos no conocernos o, en todo caso, nunca hablamos del pasado que nos unía. Demoramos mucho en construir una relación hecha de amabilidades que empezaron siendo forzadas y terminaron, por lo menos en mi caso, siendo sinceras. Esa amnesia de común acuerdo, sin embargo, no logró llevarse mi pregunta. Porque si lo que debería haberme molestado de su antigua acusación era la insinuación de plagio, lo que verdaderamente me devastó fue estar de acuerdo. Aquella

vez en la playa entendí (como entiendo) que yo también estaba segura de que lo que escribo es, entera y totalmente, copiado; entendí que lo verdaderamente perturbador del caso es que llevo años, todo el tiempo que recuerda mi escritura, sin saber a quién estoy copiando. Mientras el sol me achicharraba la piel, volví a saber ayer que los libros que publiqué, los trabajos gracias a los que me recibí, hasta el cuento con el que gané el concurso en la escuela secundaria, todo es robado. Pienso, pensé (a lo mejor pensamos) que lo que me molestó de Teresa fue que se diera cuenta. Y que mi desmedida reacción orgánica fue la típica sobreactuación del delincuente acusado.

Y Teresa ahora está muerta.

Y nunca llegó a decirme si descubrió a quién estoy copiando.

Si seguía buscando iba a encontrarlo, estaba segura, me dijo. Segura.

Quizás algún día, leyendo, me encuentre en otro texto con una playa y una idea que sobrevuela como mosca. Quizás encuentre a un copista que no sabe, a su vez, a quién plagia. Quizás sobrevenga el mareo. A lo mejor pase algo más.